

Comunidades eclesiales de base

Reflexión teológica a partir de un caso

Jorge Costadoat

Centro Teológico Manuel Larraín

Pontificia Universidad Católica de Chile

Las comunidades eclesiales de base han sido un ícono de la Iglesia popular latinoamericana y caribeña. La imagen de una mujer rodeada de otras personas leyendo la Biblia ha caracterizado a la Iglesia de los pobres, que surgió en el continente a instancias del concilio Vaticano II y de la conferencia episcopal de Medellín (1968).

Este artículo se escribe como contribución para la reelaboración del concepto de *comunidad eclesial de base*. Obras importantes como las de Alonso, Trevisan y Marins constituyen los primeros esfuerzos para dar con el concepto, pero, al tratar de incluir muchos elementos de dichas comunidades, no aclararon qué es lo común y esencial en todas ellas. He creído necesario añadir un título más entre las muchas publicaciones sobre la materia porque, además, entre aquellos años y los nuestros, el fervor de la renovación postconciliar latinoamericana se apagó. Por diversas razones, las comunidades eclesiales de base han entrado en crisis y no se sabe cuál pueda ser su futuro. Su eventual desaparición, si llega a ser el caso, la considero una enorme pérdida para la Iglesia del continente.

Me ha parecido útil hacer una reflexión teológica, a partir de mi experiencia de veintiséis años como sacerdote integrante de dos comunidades. Entre 1994 y 2001, formé parte de la Comunidad Ignacio Vergara, y, a partir de 2002, de la Comunidad Enrique Alvear. En una primera parte de este artículo, me referiré a la Comunidad Enrique Alvear de la comuna de Peñalolén, ubicada en las faldas de las montañas de Santiago de Chile, en el entendido de que esta es, efectivamente, una comunidad eclesial de base, o, al menos, que se parece mucho a una de ellas. Esta comunidad lleva el nombre de “don Enrique”, de “Monseñor Enrique Alvear”, recordado como el “obispo de los pobres”, un hombre humilde y valiente, que brilló en la defensa de los derechos humanos, en los años de la

dictadura militar (1973-1989). En la segunda parte, en correspondencia con la anterior, y con base en la literatura sobre el tema, presento elementos teológicos importantes de considerar al momento de precisar un concepto de comunidad eclesial de base.

1. Primera parte: la Comunidad Enrique Alvear

1.1. Los orígenes

La Comunidad Enrique Alvear comenzó en 1999, en los sitios de la que se llamó la Toma de Peñalolén, una ocupación ilegal de terrenos por personas que buscaban una solución habitacional definitiva. La comunidad fue fundada por la hermana Elena Chaín, “monja de población”, mujer extraordinaria de la congregación del Amor misericordioso. Ella convocó a un grupo de pobladores, hombres y mujeres, para asumir los servicios religiosos. En aquellos años, la religiosa pidió ayuda a los cursillistas para celebrar el mes de María y, mediante esta actividad, asegurar un sitio para la futura capilla. Los cursillistas compraron una imagen de la Virgen, la pusieron sobre una columna en el terreno asignado y, desde entonces, ese fue el lugar de la comunidad, y la imagen, restaurada dos veces, preside la procesión de la Inmaculada. La intención de la hermana Elena fue también que la comunidad contribuyera con la recaudación de fondos para edificar las viviendas definitivas.

La comunidad es pequeña. Participan en la misa unas treinta personas, aunque quienes se consideran integrantes son probablemente más de cincuenta. En los orígenes, formó parte de la parroquia de Cristo Nuestro Redentor. Sus primeros párrocos fueron Galo Fernández y Fernando Tapia.

Por aquellos años, la vinculación entre la comunidad y la dirigencia de la Toma fue muy estrecha. Los unía una misma motivación, la de obtener “casa propia”. Las casas definitivas se obtuvieron con ayuda del Estado, pero, sobre todo, con los ahorros y el endeudamiento de los mismos pobladores. La comunidad cristiana terminó trasladándose a la que se llamó población Microbuseros, en la misma comuna de Peñalolén.

Este verdadero éxodo significó perder la capilla, además de cambiar de parroquia. La nueva, la actual, se llama San Alberto Hurtado. Las misas continuaron celebrándose el domingo siguiente después de efectuado el cambio. Se hizo en la calle por un tiempo. Luego, en la casa de Jäckeline Sanhueza durante cuatro años, lo cual fue vivido como un volver a los orígenes del cristianismo (Hch 2,42-47). Por último, el párroco José Artemio Espinoza construyó una sencilla capilla, localizada en Las perdices, esquina Antupirén. Desde entonces, la comunidad ha debido bregar para conseguir electricidad y agua potable, y

ha debido ocuparse del aseo, del baño químico, del jardín, de la cocina y de la manutención.

El nuevo emplazamiento de la comunidad agitó a la vecindad. Algunos vecinos de la Comunidad Ecológica, ubicada justo en frente de la nueva población, no quisieron a sus habitantes instalados tan cerca. Al saltar a la prensa, se magnificó la importancia del rechazo. Según se dice, unos consideraron un peligro tener personas pobres tan cerca; otros temieron la devaluación de los terrenos en el mercado. Pero no faltaron quienes supieron ser acogedores. Con el paso de los años, algunas personas de la Comunidad Ecológica se han integrado en la comunidad eclesial de base. Lo mismo que otros vecinos de clase media, profesionales varios de ellos, que viven en las inmediaciones. Las diferencias sociales también fueron causa de fricción con la feligresía de la nueva parroquia. En su momento, las personas de la Comunidad Enrique Alvear se sintieron mal vistas por los parroquianos, un problema que en la actualidad ha sido completamente superado. Es más, en la parroquia se valora la existencia de una comunidad eclesial de base entusiasta y bien organizada.

Una característica única de esta comunidad es su pluralidad y pluralismo. En ella se valora la variedad y la convivencia entre gente económica, cultural y religiosamente diferente. Las tensiones que a veces ha provocado esta variedad son vistas como naturales.

Un hito en la historia de esta comunidad eclesial es la convicción de que Dios, por medio de su patrono, realizó el milagro de la curación de una niña enferma de peritonitis. Los médicos habían declarado que la niña moriría determinada noche. Una de las integrantes de la comunidad convocó a una reunión de oración en la capilla y pidió su sanación solo a don Enrique. La niña sobrevivió. Tiempo después, la comunidad escribió una carta al obispo, pidiéndole tener en cuenta el caso en el proceso de beatificación de monseñor Alvear.

El obispo Enrique Alvear, así, no solo ha dado el nombre a la comunidad. También es su patrono. La patrona es la hermana Elena. La comunidad se encomienda a ambos en todas sus eucaristías.

1.2. La preeminencia de la Palabra de Dios

Desde un punto de vista teológico, es probable que lo que más distinga a las comunidades eclesiales de base sea la lectura comunitaria de la Palabra de Dios. En el caso de la Comunidad Enrique Alvear, la comunidad se constituye a partir de la escucha y el compartir colectivo de la Palabra, en especial, de los evangelios. El conocimiento de Jesús y la experiencia de Cristo son fundamentales.

Probablemente, muchos exégetas cuestionan este método, porque las personas suelen salir con interpretaciones muy peculiares, a veces bastante alejadas del sentido literal del texto evangélico. Pero gracias a él, casi siempre se llega a conclusiones muy evangélicas, que verdaderamente iluminan la vida de la gente. La lectura de los textos bíblicos realizada por personas que van conociendo el evangelio, a medida que lo asimilan en sus vidas, hace posible comparaciones, que originan nuevas lecturas. El evangelio, en todo caso, es leído indistintamente en la misa por el cura o los fieles, varones o mujeres. Normalmente, se hace una sola lectura del Antiguo Testamento, no dos, un salmo y el evangelio.

La lectura de la Palabra también tiene importancia en las reuniones de la catequesis familiar. A lo largo del período de preparación de la primera comunión, padres, madres y niños aprenden a leer la Biblia. Algunos incluso aprenden a leer prácticamente con ella. En algún momento, durante los dos años que dura la catequesis, se hace entrega, con cierta solemnidad, de un ejemplar del Nuevo Testamento.

En 2020, favorecidos por la conexión *online*, a través de ordenadores y teléfonos, un grupo significativo de personas participó en un curso sobre el Seguimiento de Jesús, del Boston College (se exigieron las lecciones, pero se evitaron las lecturas). La metodología usada fue la lectura comunitaria de la Palabra, con algunos ajustes. Los estudiantes debieron oír la conferencia o la plática de un teólogo un día de la semana; asistir a una clase los jueves, donde se compartió lo estudiado; y revivir lo conversado, a partir del comentario de una de las personas que había tomado apuntes durante aquella clase. El comentario se hizo llegar grabado a los participantes en los días siguientes.

El deseo de estudiar y de formarse, de profundizar en los contenidos de la fe, llevó a que, espontáneamente, se organizara un curso sobre las parábolas y otro sobre los profetas. Alguno de la comunidad declaró la fundación de una escuela de cristología y los participantes suponen que esta seguirá existiendo. Ha sido hermoso constatar que con el método implementado, surgieron en la comunidad verdaderos teólogos que, al relacionar la Palabra con la vida y la vida con la Palabra, pudieron nutrir espiritualmente a los demás.

1.3. La liturgia de la vida

En la eucaristía tiene lugar la lectura comunitaria de la Palabra. La eucaristía es, en realidad, el ámbito natural donde tiene lugar casi todo lo que se hace en la comunidad.

El centro de la liturgia no debe ser el liturgo o el sacerdote, tampoco la consagración del pan y del vino, sino el compartir entre las personas. Un compartir que se realiza mediante la conversación que genera la lectura de la Palabra y la comunión del Cuerpo y la Sangre de Jesús. En esta pequeña comunidad, la comunión en Cristo, presente en su Iglesia, es un momento de gran recogimiento. La presencia de Cristo sentida en común es, a la vez, experimentada interiormente. Por eso, en la capilla no hay Santísimo. Aparte que ella es el espacio donde se realiza todo tipo de actividades. A varios párrocos les ha costado entenderlo, pero al final han cedido. Han podido entender que, en esta comunidad eclesial, el énfasis en la presencia de Cristo se pone en las personas. Una vez al mes, durante la eucaristía, se lee la Palabra en grupos pequeños, en los cuales se comparte también algo de comer y beber. Esta es, además, una oportunidad para que se relacione la gente que no se conoce lo suficiente.

La eucaristía comienza, por de pronto, con una conversación. El sacerdote, o quien realiza el servicio de conducir la celebración, pregunta a los participantes por los “hechos de vida” de la semana. Es decir, por aquello que ha ocurrido en el mundo, en el país, en la Iglesia y en sus vidas. La variedad de las vidas y las experiencias sorprende. Todos los temas son posibles de tratar. El liturgo debe estar atento, porque cualquier contenido puede convertirse en motivo para improvisar en ese mismo momento o un poco después. Por ejemplo, si una mujer agradece su embarazo, el liturgo tendría que poder pedir al resto de la comunidad alzar las manos y bendecir a la madre y a la criatura en camino; si una pareja cumple treinta años de matrimonio, debiera ser posible que el coro tomara la iniciativa y cantara “Solamente una vez”. El humor expresa la libertad y la alegría, que dominan la celebración, en todos sus momentos.

Este compartir al inicio de la eucaristía ha dado lugar a opiniones distintas, incluso a discusiones. En los agitados últimos años de Chile, en la Comunidad Enrique Alvear, las demás partes de la eucaristía se retrasaron, porque la educación, la mujer, la homosexualidad, los abusos del clero y su encubrimiento, y la revuelta social suscitaron tanto interés que todos querían hablar más de una vez. Y así lo hicieron, atolondradamente. Esta posibilidad de tocar temas como si ninguno fuera tabú, con respeto y como si todos pudieran aprender de los demás, ha ventilado a la comunidad y ha hecho que la vida real de la gente y la fe se compenentren, en vez de ir en paralelo y sin tocarse.

En la liturgia de la comunidad es importante que el celebrante esté atento a lo que surge espontáneamente. La liturgia no puede ser un rito fijo. Todo lo contrario. La misa puede durar una hora y, en lo posible, nunca más de una hora y quince minutos, porque ha de tenerse en cuenta que las horas del fin de semana se hacen pocas para las familias. Los gestos y las palabras del celebrante y de la comunidad deben expresar lo que esta vive durante los minutos

necesarios y razonables. Por eso, el celebrante debe estar atento al tiempo de duración de la celebración, abriendo la participación y sabiendo cerrarla, cuando así conviene. Pues hay temas inagotables y personas largueras para hablar. El sacerdote debe poder omitir o acortar algunas secciones de la misa, en beneficio de otras que convenga alargar. El celebrante ha de tener elasticidad y carácter para presidir la oración comunitaria.

En el momento de la eucaristía se da por descontado que todas las personas pueden comulgar. El liturgo debe ser acogedor con todos, sin importar su situación vital. La comunión es un momento de recogimiento. Después que las personas han comulgado, se permanece en silencio un rato prolongado, a oscuras, con la sola luz del cirio pascual. En este espacio se hacen oraciones de acción de gracias y peticiones. Se suele agradecer o pedir por los enfermos o por cosas sencillas, para que resulte la venta de sopaipillas, para encontrar trabajo, por el éxito en los estudios, por un viaje o por la justicia en el país.

Otros asuntos que juegan un rol importante son los cantos, en especial, el canto final a la Virgen y las bendiciones por variados motivos. El recuerdo y la oración por los difuntos es un momento muy esperado. El coordinador siempre tiene algo que decir antes de la despedida final. Todos extienden sus manos y se bendicen unos a otros.

1.4. La vida y el servicio sacramental

Hay también otros momentos, además del de la eucaristía, en los cuales se vive la sacramentalidad. La comunidad ofrece el bautismo. La catequesis bautismal exige cinco charlas con una catequista. Se recuerda a Héctor Fajardo, don Tito, que preparó a más de cien padres y madres para el bautizo de sus hijos. Las charlas que daba eran escuchadas a escondidas por los habitantes de las casas en las que se hacían, porque hablaba del evangelio de un modo que impresionaba. Los bautizos se celebran dos o tres veces al año, dependiendo de la cantidad de personas que lo requieran. La primera comunión de los niños tiene para las familias máxima importancia. Esta normalmente se hace el día de la Inmaculada. La catequesis dura dos años. Apoderados y niños se reúnen por separado todas las semanas con sus respectivos catequistas y ayudados por los libros de la diócesis.

Varias parejas han celebrado el sacramento del matrimonio, tras una preparación con los correspondientes catequistas. La práctica del sacramento de la reconciliación ha decaído significativamente. El sacerdote suele ser requerido para la unción de los enfermos. Ha habido también jóvenes que han recibido la confirmación. Sin duda, muchos jóvenes tienen algún sentido de pertenencia a la comunidad, pero rara vez se les ve en misa. Los jóvenes, en muchas otras activi-

dades eclesiales en Chile, tienden a desaparecer. En esta comunidad eclesial se cree que algo podría hacerse para captarlos, dado que la relación con ella es muy afectuosa. Los jóvenes de hoy han sido los niños que en otros momentos fueron bautizados, hicieron la primera comunión y se confirmaron en la comunidad.

La sacramentalidad también se expresa en otras ocasiones, como los responsos por los difuntos. Cuando se da el caso, los integrantes de la comunidad acuden a las casas de las personas fallecidas, y oran y cantan con sus familias. Otro servicio a la población son las bendiciones de las casas, las cuales se hacen normalmente el día de la procesión del vía crucis, cuando las familias preparan un altar a la puerta de su vivienda. Asimismo, se distribuye la comunión a los enfermos. La comunidad recuerda al Cristo peregrino, una talla en madera, que las familias llevan a sus viviendas durante una semana y la devuelven a la comunidad el domingo. La imagen es acompañada con una pauta de oración y un cuaderno, en el cual sintetizaban su experiencia.

Los tiempos fuertes de celebración son la pascua de resurrección, antecedida por la peregrinación de los ramos del domingo anterior, y la navidad. La misa de pascua tiene enorme importancia. Esta celebración termina con una completada, en la cual los niños comen todos los emparedados de longaniza que quieran comer. Esa es la manera de expresar la alegría del día. Evidentemente, la navidad es también un momento importante. La atención se concentra en los niños, que representan el nacimiento de Jesús. La fiesta de pentecostés ha ido adquiriendo importancia. En la vigilia se ora, se entonan cantos de autores populares de todo tipo y se come y se bebe. El mes de María (del 8 de noviembre al 8 de diciembre) ha decaído con los años, aunque últimamente, una integrante entusiasta de la Comunidad Enrique Alvear, por iniciativa propia, ha logrado reanimarlo.

Otras actividades importantes son las comidas, al igual que los bingos y las rifas, que ayudan a financiar necesidades puntuales de algunas personas —la salud, por ejemplo. También han sido muy significativos los retiros de matrimonios, los cuales tienen lugar en una casa de los jesuitas a 250 kilómetros al sur de Santiago, en las cercanías de Molina. En estas experiencias, se consolidan las relaciones de pareja y se crean y fortifican los vínculos entre los adultos responsables de la comunidad.

1.5. Ubicación poblacional

Los vínculos de la comunidad con la población se establecieron en los años de la toma. En los comienzos, algunos de sus integrantes fueron dirigentes de la organización, que luchó por las viviendas definitivas. En esos tiempos, los integrantes de la Comunidad Enrique Alvear realizaron actividades con el fin

de obtener recursos para que algunas familias juntaran los ahorros necesarios y pudieran solicitar acceso a una casa en propiedad. Una vez realizado el cambio al emplazamiento actual, el movimiento poblacional decayó. La misión había sido cumplida. Pero las relaciones entre la junta de vecinos y la comunidad se mantuvieron, y con la emergencia de la pandemia del coronavirus se han reactivado. Por ejemplo, el horno de la cocina de la capilla se instaló en la sede social, donde funcionó una de las ollas comunes.

Asimismo, la relación con los evangélicos ha sido feliz. Se recuerda el momento en el que una iglesia evangélica, liderada por su pastora, redactó una carta dirigida al alcalde y firmada por su gente, en la cual solicitaba un sitio para que los católicos levantaran una capilla. Los católicos hicieron lo mismo en favor de los evangélicos. En otra oportunidad, un grupo evangélico ocupó la capilla para hacer sus reuniones durante cierto tiempo.

El vínculo de la comunidad con la población nunca había sido tan estrecho con en los años 2019-2021, es decir, los años del estallido social del 18 de octubre y de la pandemia. Hasta entonces, la comunidad siempre había ofrecido un servicio de solidaridad a las familias más necesitadas, a cualquiera, sin distinción, fueran de la vecindad o no. Hacía la discreta entrega de una canasta a estas familias. Pero en la crisis de 2019 y, especialmente, en la pandemia de 2020, los requerimientos aumentaron exponencialmente. Se hizo necesario buscar una gran cantidad de recursos. Se creó un fondo con dineros de gente de la comunidad y de gente de fuera, alguna pudiente y otra no tanto. El dinero se solicitó a través de las redes sociales y de contactos personales. De esa manera, se pudo colaborar con comestibles, en las ollas que los pobladores levantaron espontáneamente, en las localidades de Microbuseros, Esperanza Andina y Antupirén.

Asimismo, se estableció una ayuda llamada “El-pan-nuestro-de-cada-día”, consistente en dar un kilo de pan diario por familia. En los días de mayor necesidad, se dio de comer a unas mil personas, una verdadera multiplicación de los panes, considerando que la comunidad es pequeña. En la realización de esta gesta, los integrantes de la comunidad, que estuvieron en la llamada “primera línea”, fueron clave. Estos colaboradores cocinaron, dieron de comer, organizaron la entrega de pan y llevaron medicamentos, canastas, parafina, gas o pañales. El esfuerzo de estos hermanos y hermanas fue enorme, además de arriesgado.

Cabe mencionar la creación de una red de contactos, establecida en Microbuseros, para enterarse de las carencias familiares. No siempre es fácil detectarlas, porque las personas tienen vergüenza de que se sepa su situación. En la población de Los Huasos, donde también se ha ayudado con pan y otros

bienes, una de las líderes creó una cuenta en WhatsApp para que un grupo de mujeres pudiera compartir cómo vivía la crisis. Algo parecido se organizó con los hombres que, semana a semana, se reunían en línea con la misma finalidad.

La comunidad mantiene un vínculo afectuoso con la población. Todos los años escribe una carta de saludo navideño a los pobladores, expresándoles sus mejores deseos y ofreciéndoles sus servicios. La gente agradece que se le diga que estos son gratuitos, porque Dios es “gratis”.

1.6. El gobierno comunitario

En cierto sentido, en la Comunidad Enrique Alvear, todos mandan y todos obedecen. El gobierno de la comunidad tiene tres fuentes de legitimidad: el poder del consejo y del coordinador, la autoridad de las personas y las iniciativas particulares.

El poder de tomar decisiones lo detenta el consejo, en el cual todos pueden participar. Aquellas personas a quienes se les ha dado algún cargo o alguna responsabilidad deben asistir obligatoriamente. Las decisiones importantes se toman por consenso. El consejo se reúne el primer domingo de cada mes, después de la celebración de la eucaristía.

El coordinador, otros dos colaboradores y el párroco también tienen poder. El equipo del coordinador y sus colaboradores es elegido por la comunidad cada dos años. Al coordinador le corresponde estar al tanto de lo que pasa en la comunidad, debe ejecutar lo que el consejo pide y hacer todo lo que le parezca necesario para el buen funcionamiento de la comunidad. También es responsable de mantener el vínculo con la parroquia. Debe dar cuenta periódica de los cargos y las actividades al párroco, en la actualidad, Ricardo Bachiller, de la congregación de los Identés. El párroco actúa en sintonía con la comunidad, a través del coordinador, y puede participar en las actividades, en las reuniones del consejo, en la celebración de las eucaristías y en la administración de los otros sacramentos, las veces que sea necesario. El ecónomo recolecta y guarda el dinero, e informa a la comunidad sobre su uso.

Lo ideal es que las personas responsables de un cargo tengan, además de poder, autoridad. A veces, sucede que hay personas que no tienen cargo, ni nombramiento, pero gozan de autoridad, es decir, de ascendencia sobre los demás. La gente reconoce normalmente la autoridad del sacerdote, pero esto no obsta para que en sus reuniones, el consejo pueda rechazar sus propuestas. El problema surge cuando los integrantes de la comunidad eclesial de base piensan que él toma las decisiones. Si esto sucede, el sacerdote remite a quienes lo consultan a las personas encargadas de tal o cual servicio. Tampoco corres-

ponde al sacerdote mantener las relaciones con el párroco. Estas pasan por el coordinador. La gente valora mucho, en todo caso, que el sacerdote esté disponible para conversaciones privadas y para aconsejar. Y para ayudar a que las personas se reconcilien después de fricciones, choques o discordias.

Por último, las iniciativas particulares tienen importancia en el gobierno de la comunidad. La fundación de una escuela de cristología fue una iniciativa espontánea, no se recuerda bien de quién. Está claro que si estas iniciativas no están en línea con el modo de hacer las cosas o van en contra de lo acordado, el coordinador o el consejo buscan cómo encauzarlas por el mejor camino, o bien las interrumpen.

1.7. La centralidad del amor

La Comunidad Enrique Alvear es y hace a partir de una experiencia de amor. El amor es el motor de su actividad, la argamasa que une a las personas y la causa de su alegría, al saberse que unos son parte de los otros. Nada de lo dicho se entiende bien si no se considera que los integrantes de esta comunidad eclesial de base se quieren. La suya es una experiencia comunitaria del Dios del amor (1 Jn 4,8). Este amor se expresa en las actividades comunitarias habituales, pero también en los vínculos interpersonales, en las relaciones que van más allá de los límites de la capilla, que se concretan en visitas y comidas de personas que se van haciendo amigas.

Dios es una realidad en los vínculos interpersonales, en la preocupación de unos por otros, en el compartir lo que se puede, en la oración en común y en el sufrimiento y la alegría compartidos. Dios es un amor concreto, de persona a persona, y no solo un instrumento para conseguir lo que se quiere. La comunidad consiste en amar, en amarse sus integrantes entre sí, y en amar a la población, al país y al mundo. Es así como la comunidad abre sus puertas a cualquiera, sin condiciones, con la alegría y el deseo de compartir las cosas más sencillas con quien venga. Este mismo amor hace fácil discutir los temas sin miedo, solucionar los conflictos y esperar que las heridas cierren cuando las diferencias no pueden ser superadas. En los meses de la terrible pandemia, el mayor conocimiento de las personas y la consolidación de vínculos afectuosos, gracias a las reuniones litúrgicas y los cursos de teología virtuales, han sido una red invaluable de contención. A mi juicio, el amor es lo más importante de la comunidad eclesial de base.

2. Consideraciones teológicas: en busca de un concepto de comunidad eclesial

En esta segunda parte, intento contribuir a la búsqueda del concepto de *comunidad eclesial de base*. No me interesa bosquejar un nuevo concepto, sino simplemente ofrecer algunas reflexiones que puedan servir a quien eventualmente asuma esa tarea. Mi intención es impulsar el desarrollo de las comunidades eclesiales de base, especialmente, en unos tiempos en los que la Iglesia en América Latina parece perder vigor y, a raíz de estas comunidades, olvidar la recepción más lograda del concilio Vaticano II.

2.1. Recepción latinoamericana del concilio: “La Iglesia de los pobres”

Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que la recepción del concilio en el continente es la llamada “opción por los pobres” u “opción preferencial por los pobres”. A muchos les ha parecido que esta denominación es excluyente. Independientemente de que lo haya sido en algunas ocasiones y en algunas comunidades, no ha sido esa la intención originaria del magisterio que la formuló y ratificó, en las conferencias episcopales de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida. La “opción por los pobres” es una interpretación correcta de los signos de los tiempos, en un espacio geográfico conocido por la pobreza y la injusticia. Asimismo, esa interpretación identifica la irrupción de los pobres en la historia como sujetos capaces de levantarse, de luchar y de vivir el evangelio que Jesús predicó a los pobres. La opción responde al pedido del concilio de hacer propias sus conclusiones de manera inculturada.

La opción por los pobres conjuga la innovación teológica de las cuatro constituciones dogmáticas del Vaticano II. En el caso de la *Lumen gentium*, la Iglesia latinoamericana y caribeña ha asumido la comprensión conciliar de la Iglesia como sacramento (*LG* 1). Ha dejado atrás —aunque no siempre— la configuración de cristiandad. Y, por el contrario, ha procurado significar y realizar su misterio de modo horizontal y humilde. De esta misma constitución, extrae su voluntad de ser una Iglesia más laical. La distinción explícita entre el sacerdocio real y el ministerial como expresiones del único sacerdocio de Cristo (*LG* 10-11), y la subordinación del sacerdocio de los presbíteros al de los laicos han sido apreciadas hondamente en la Iglesia del continente.

En las comunidades eclesiales de base, este es un supuesto básico que, a veces, ha debido defender. Otro elemento fundamental es que el concilio haya antepuesto el capítulo de la Iglesia como pueblo de Dios al del servicio ministerial, lo cual ha establecido, de hecho, una nueva relación entre los laicos y los ministros. Este espíritu se vive en las comunidades eclesiales de base, en parti-

cular, cuando constatan que el caminar junto a otros pueblos de la tierra hacia una realización escatológica, se hace con humildad y horizontalidad.

En América Latina, la relación de la Iglesia con el reino de Dios (*LG 5*), el reino que Jesús anunció a los más pobres, ha sido actualizada como una orientación profética fundamental. La asimilación de estos conceptos del concilio ha movido a la Iglesia latinoamericana a adoptar la definición de “Iglesia de los pobres” como especialmente importante. El deseo del papa Francisco de una “Iglesia pobre y para los pobres” ha sido acogido fervorosamente por el pueblo de Dios latinoamericano, en particular, por los sectores eclesiales más comprometidos. En la Comunidad Enrique Alvear se recuerda el día que, tras esta frase de Francisco, una de sus integrantes llegó a la capilla con su niño de meses en un coche que traía un cartel con esas palabras.

La recepción de la *Sacrosanctum concilium*, como se ha visto en las páginas anteriores, se ha llevado a cabo con una creatividad que muchas veces ha podido ir más allá de lo autorizado. Probablemente, en las comunidades eclesiales de base, mucho más que en otras comunidades cristianas, la participación en la liturgia, pedida por el concilio, ha sido clave (*SC 14-20*). Esa participación, promovida por los sacerdotes, las presidentas y los presidentes de la celebración, ha exigido variadas y audaces innovaciones. La prohibición que reza: “nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la Liturgia” (*SC 22, 3*), no ha sido acatada en las comunidades eclesiales de base. En ellas se han cambiado muchas cosas y tal vez, en algún caso, algo esencial.

La eucaristía es el espacio donde la vida de las personas y sus preocupaciones familiares y sociales han sido puestas en común de manera creativa. En la celebración eucarística, las comunidades han tenido viva y alegre conciencia de apropiarse de la promesa de Jesús: “donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 28,20). Así las cosas, la declaración de la *Sacrosanctum concilium* de que la eucaristía constituye la cúspide y fuente de la vida de la Iglesia (*SC 10*) demanda una nueva explicación. En la Comunidad Enrique Alvear, la misa dominical es el ámbito espacial y temporal por excelencia para celebrar el misterio pascual de modo participativo y original. La misa tiene una importancia de primer orden, no como un acto privado de personas que se relacionan individual y verticalmente con Dios, sino como una interacción entre creyentes, que comparten su vida y su participación en los acontecimientos sociales y políticos que los inquietan. Ciertamente, la eucarística de las comunidades eclesiales de base se parece más al banquete del reino que al sacrificio de animales en el ara. Lo suyo se asemeja más a la alegría de comer juntos, que a la compunción por los pecados de devotos singulares.

La constitución *Gaudium et spes* ha tenido también un enorme influjo en las comunidades eclesiales de base. Más por su método que por su contenido. Es bien sabido que el método inductivo, adoptado por el llamado Esquema XIII, fue objeto de una fuerte controversia en el aula conciliar. La resistencia continuó, por lo demás, en las conferencias generales del episcopado latinoamericano, donde se libró una batalla entre quienes estaban a favor y en contra de dicho método. No parecía posible incidir en la realidad solo con principios teológicos. La recomendación de escrutar los “signos de los tiempos” (GS 4, 11 y 44) incoaba una enorme novedad y era vista como una amenaza. El método, cuyo precedente es el *ver, juzgar y actuar* de la Acción Católica, fue utilizado ampliamente según esa modalidad para abrirse a la totalidad de la realidad. Fue así como esta entró en la liturgia y en la vida de las personas, una apelación para discernir la voluntad de Dios en el presente.

Las misas en la Comunidad Enrique Alvear y en otras tantas comunidades, tal como ya señalé, comienzan con “los hechos de vida”, a saber, con la vida personal y social, la cual se pone en común para ser escrutada a la luz de la Palabra. Es así como las personas han entendido que no pueden separar la fe y la vida, sino todo lo contrario. Si la lectura del evangelio no es una buena noticia para los integrantes de las comunidades, se pierde algo fundamental. Sin embargo, gracias al método conciliar, las comunidades han descubierto o han confirmado que Dios opta por los pobres. Gracias a esta lectura del evangelio, han vivenciado que esa opción bíblica, nítida en las bienaventuranzas y en la praxis liberadora de Jesús, es correcta. Los integrantes de las comunidades han descubierto, a través del método del *ver, juzgar y actuar*, que la pobreza no es querida por Dios y que es obligatorio hacer todo lo posible para superarla, ya sea como solidaridad o como opción política, que contrarreste o cambie las estructuras económicas y políticas generadoras de injusticia. De ahí que el primer párrafo de la *Gaudium et spes*, que declara que la Iglesia se identifica con el sufrimiento de los pobres, haya tenido tanto éxito en la Iglesia de los pobres (GS 1).

La acogida de estas tres constituciones del Vaticano II está estrechamente relacionada con el enorme impacto de la constitución *Dei Verbum* en la Iglesia popular. Lo explico a continuación.

2.2. La actualidad de la palabra: “Dios habla hoy”

La recepción de la *Dei Verbum* constituye, a mi juicio, el hecho más importante en y para las comunidades eclesiales de base. Estas se han constituido a partir de la lectura de la Palabra de Dios. La inmensa mayoría de la población de América Latina y del Caribe aprendió a leer en el siglo XX, lo cual está vinculado con la emigración campesina a la ciudad. Es muy significativo

que, de hecho, muchos latinoamericanos ensayaron la lectura con la Biblia en las manos. Puede afirmarse sin temor a equivocarse que la lectura orante de la Palabra de Dios, realizada en las comunidades eclesiales de base del continente, y la reflexión compartida de su significado constituyeron a los pobres en sujetos de su Iglesia y en los evangelizadores más importantes.

Dios habla hoy es el título de una edición del Nuevo Testamento muy usada en Chile. El título designa la experiencia de las comunidades eclesiales en América Latina y el Caribe. Que Dios hable en el presente a los lectores de la Palabra ha sido una conclusión constatada por los integrantes de dichas comunidades, tanto desde una perspectiva hermenéutica como desde una epistemológica. Desde la perspectiva hermenéutica, las comunidades han usado una modalidad local para interpretar la Palabra, como si cada creyente y cada comunidad pudieran hacerlo sin autorización y sin mediación alguna. No es extraño, entonces, que esta especie de lectura “luterana” de la Biblia haya sido valorada en el mundo popular de cara a los evangélicos, que derrotan a los católicos en su manejo. En las comunidades es legítimo leer la Escritura sin mayor cautela. La jerarquía eclesiástica, por otro lado, no lo ha impedido. Al contrario, la mayoría de veces lo ha fomentado.

Esta interpretación protestante y artesanal de la Biblia no ha excluido el aporte de los expertos. Las comunidades eclesiales de base agradecen las explicaciones exegéticas, cuando alguien las ofrece. No obstante, lo fundamental es saber qué dice la Palabra a las personas hoy en día. Una cosa es el texto, otra la Palabra de Dios. Esta hermenéutica ha sido favorecida por los teólogos bíblicos de la liberación, toda vez que ellos mismos se han ubicado en un segundo lugar, al servicio de la lectura popular de la Biblia. Esta práctica de enorme trascendencia evangélica tiene también un valor científico. Los exégetas latinoamericanos entienden que la hermenéutica científica, en última instancia, corresponde a los lectores que buscan saber qué dice Dios a sus vidas. Este método de interpretación de la Biblia ha despejado el camino para que los pobres accedan al texto sagrado con plena autoridad. Si todos pueden tomar las Escrituras y leerlas en busca de su sentido, los pobres también pueden hacerlo. Es más, en la medida en que la misma Biblia trasunta que Dios les habla a ellos, en primer lugar, los pobres se encuentran en mejores condiciones para comprenderla.

Sin embargo, lo más importante, desde el punto de vista teológico, no estriba en que la lectura popular de la Biblia se haga comunitariamente y en un contexto determinado. En este método despunta una nueva epistemología.

El que Dios hable hoy se convierte en un postulado muy novedoso, cuando se piensa que puede hacerlo con independencia del texto bíblico. Este ayuda a entender la experiencia de las personas, pero Dios, por decirlo así, se les

“revela” con el texto sagrado o sin él. Esta es una auténtica fuente de conocimiento de Dios, de la misma manera en que lo han sido, en términos tradicionales, “los lugares teológicos”. Entre los integrantes de las comunidades eclesiales, se acostumbra decir que “Dios habla a través de las personas”. En las comunidades su voz se oye, en las voces de los hermanos y hermanas. Por eso, importa muy poco que estos salgan con interpretaciones alejadas del sentido literal del texto. Algunas pueden parecer incluso disparatadas, pero a nadie se le ocurre discutir la opinión de los demás. Los nuevos y variados significados de la Escritura son a menudo causa de admiración para sus lectores. Por esta vía se ha llegado a la convicción de que “desde” los pobres es posible una comprensión más profunda de lo fundamental de la Biblia, sobre todo, porque “en” los pobres, a través de ellos, Dios habla en el presente y mueve a transformar la vida de las personas y las sociedades en las que viven.

Este modo de habérselas con la Palabra de Dios, a nuestro juicio, debiera tener un impacto estructurador, es decir, institucional para las comunidades eclesiales de base. La lectura comunitaria de la Palabra de Dios exige libertad y respeto. Una comunidad eclesial de base que no sea pluralista, en el modo de entender la Palabra de Dios, una comunidad donde, por ejemplo, se hace predominar una interpretación de la Biblia sobre la de los demás, es poco cristiana. En realidad, se aparta del origen de las comunidades del cristianismo primitivo. La intolerancia no debería tener lugar en las comunidades eclesiales de base, porque la prioridad es que los hermanos y las hermanas en Cristo discernan entre ellos la vida y los acontecimientos a la luz de la fe.

2.3. Las comunidades como sacramento: “miren cómo se aman” (Hch 4,32-37)

Las comunidades eclesiales de base se definen por un servicio significativo. Se saben partícipes en la misión de la Iglesia, que no es otra que la misión de Jesús de hacer advenir el reino de Dios al mundo. En América Latina, estas comunidades han querido ser sacramento de Cristo, en los términos queridos por el concilio, a saber, como signos e instrumentos de unidad de la Iglesia y del mundo (LG 1). Lo que mejor define a las comunidades es el amor entre sus integrantes, preferentemente pobres, y el servicio solidario al barrio y al país.

Desde sus inicios, las comunidades han enarbolado la bandera de la lucha de los pobres contra la pobreza. Han representado la opción de la Iglesia por los pobres y la lucha contra las causas de los sufrimientos injustos. En más de medio siglo, a partir de Medellín, el *mysterium iniquitatis* ha afligido al continente con diversas plagas. Las comunidades se han propuesto contrarrestar los males de la opresión, la miseria, la violencia de las dictaduras militares,

del narcotráfico y, últimamente, del individualismo, la desigualdad y el consumismo, generados por el neoliberalismo. Algunas veces, sus integrantes han luchado efectivamente contra estos males. En otras ocasiones, se han ayudado unos a otros y comunitariamente a soportarlos. Las comunidades eclesiales de base han sido así la respuesta contracultural y profética de la Iglesia a los males de la época.

Este servicio *ad extra* ha tenido como correlato *ad intra*, y como causa, el distinto modo de operar de las comunidades. Sus integrantes han vivido en el registro del amor y la alegría de ser como los primeros cristianos (Hch 2,42-47). Así, de las comunidades se ha podido decir: “miren cómo se aman” (Hch 4,32-37). Las comunidades eclesiales tienen espacio para las víctimas, para las personas maltratadas y para aquellas cuya dignidad les es desconocida o ha sido pisoteada. Por eso, en ellas, prima la alegría y celebran todo lo que puede ser celebrado. En las comunidades, sus integrantes han experimentado que son verdaderamente hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas entre sí. En las comunidades no hay espacio para la discriminación de clase, ya que se valora lo que cada persona puede aportar específicamente. El cristianismo se practica en el cuidado de los enfermos, la recaudación de fondos para sufragar el costo del funeral de un vecino, la asistencia en los momentos de cesantía y de hambre, en la recolección de ropa y muebles para las víctimas de los ciclones, los terremotos y los incendios. Recientemente, a raíz de la pandemia causada por la covid, las comunidades eclesiales latinoamericanas han renacido y han dado pruebas de la presencia de la Iglesia en medio de la tragedia, con el establecimiento y la asistencia de ollas comunes y con otras iniciativas solidarias.

Una expresión muy característica de la práctica de la sacramentalidad de las comunidades eclesiales de base es el servicio sacramental. En las páginas anteriores destacamos la enorme importancia de la celebración de la eucaristía y de la liturgia de la Palabra, presidida por una religiosa o por laicos, ahí donde las comunidades no cuentan con la presencia de un sacerdote. La vida de las comunidades se ha desarrollado en este espacio de celebración litúrgica. En la liturgia semanal, la comunidad se reúne y se conoce, lee el evangelio, habla de la realidad y de las vidas de la gente, se informa acerca de su funcionamiento y muchas veces aprovecha la ocasión para organizarse. De esa manera, en la liturgia semanal, las personas experimentan que Jesús está con ellas. Los otros sacramentos son practicados y ofrecidos a los vecinos del barrio y de las inmediaciones. El bautismo y la primera comunión son un hito en la biografía de las familias. Su preparación y su festejo quedan en el recuerdo. Es más, la gente que no pertenece a la comunidad cree, sin embargo, que esta les pertenece, ya que cuentan con “la capilla”, incluso piensa que tiene derecho a sus servicios.

2.4. La tarea de la unidad

La unidad característica de las comunidades eclesiales de base como sacramentos de Cristo no se da sin tensiones. Precisamente, su apertura a la realidad, el querer escrutar los signos de los tiempos, la práctica de comenzar la liturgia compartiendo “los hechos de vida” hacen que las comunidades acepten a personas diferentes y, a la vez, importen los conflictos que atraviesan a la sociedad. Mientras mayor es la apertura a la realidad, más tensiones pueden surgir en el seno de las comunidades.

En las comunidades existen diferencias sociales, económicas, políticas, culturales, de género y religiosas. Ninguna de ellas es, de suyo, problemática, porque al constituirse la comunidad como espacio legítimo de expresión, esas diferencias suelen enriquecerla, en lugar de empobrecerla.

En cualquier caso, las diferencias sociales, por sutiles que parezcan, pueden ocasionar discriminaciones odiosas. No es lo mismo ser peón de carretilla y pala que maestro constructor de segunda o de primera; o ser empleada doméstica que profesora. Sin embargo, estas diferencias pueden ser también un principio de reconocimiento del valor de los otros, pues el trato igualitario entre un profesional y un verdulero suele hacer crecer a ambos. El cristianismo opera, a este respecto, como factor fundamental de reconciliación y compenetración social.

Las diferencias económicas inciden en la configuración de las comunidades. En las sociedades de consumo, el dinero es el primer factor de identidad. El que posee poder de compra, o compra, se ve a sí mismo como superior a los otros, mientras que el desposeído tiende a minusvalorarse. Las agencias de publicidad explotan el mecanismo de la competencia y lo perfeccionan de tal manera, que hacen creer a las personas que unas son distintas de las otras. Sin embargo, en las comunidades, sus integrantes, no exentos de haber interiorizado esos criterios mercantiles, muchas veces comparten lo que tienen o prestan, sabiendo que no habrá ninguna devolución. Fuera de esto y aquello, el tema del dinero en las comunidades merece un capítulo aparte. Algunas de ellas se han roto por el mal manejo de los fondos.

Las tensiones políticas, a diferencia de las sociales y económicas, no operan en términos jerárquicos, como si unos fueran mejores y otros peores. En política, el trato es entre iguales, pero puede llegar a ser conflictivo y generar exclusiones muy dolorosas. Una cosa es que las diferencias políticas se expresen en la comunidad, pero otra es que esta se politice y se divida. Esto ocurre cuando unos quieren imponer sus opciones y sus ideas a los demás, cuando se atropella la visión política de los otros o cuando se da por supuesto que la comunidad tiene que respaldar a un determinado partido, candidato o proclama. La into-

lerancia ideológica ha quebrado a muchas comunidades. Pero las diferencias políticas no son forzosamente causa de discordias. Sería erróneo pretender que para evitar conflictos “no se hable de política”, porque entonces un aspecto importante de la vida de las personas quedaría fuera. Si este fuera el caso, el aporte cristiano a la construcción del país carecería de un análisis comunitario enriquecedor.

Las diferencias culturales también son importantes. Las personas con más conocimiento ayudan a las comunidades en la dirección y la representación ante otras instituciones, como la parroquia o las autoridades vecinales y comunales. En lo inmediato, las personas con más educación contribuyen a explicar un tema o a aclarar conceptos cuando se lee la Biblia. Sin embargo, esa capacidad puede conspirar contra el objetivo de la comunidad eclesial. Si esta se rige por una opción por los pobres, es una tentación que los más ilustrados sean siempre los que explican y aclaran. Los líderes de las comunidades deben fomentar la participación creciente de las personas con menos preparación intelectual. Sin promoción humana en este nivel y sin confiar a estas personas tareas que otras pueden desempeñar mejor, la consolidación de una elite impedirá, a largo plazo, que los pobres interpreten el evangelio, lo cual equivale al suicidio de la comunidad eclesial de base.

En general, las diferencias de género no son problemáticas en las comunidades eclesiales, precisamente, porque en ellas han penetrado los criterios conciliares de laicidad y de horizontalidad. En las comunidades, las diferencias de género acarrearán inevitablemente la rémora de la injusticia, que aqueja a una cultura machista como la latinoamericana. Sin embargo, debe valorarse que la coordinación o la dirección de las comunidades suelen realizarla religiosas o laicas. Ellas se encargan también de la lectura del evangelio en la misa y en la celebración litúrgica. La presidencia de sacerdotes varones es considerada como algo lamentable, que algún día tendrá que cambiar. Por ahora, esto no complica a las personas que saben que el ministerio está al servicio de la actualización del bautismo.

Las diferencias religiosas son complejas. La tensión entre el cristianismo ilustrado y el tradicional es una realidad que se expresa, al menos, en el sentir estético. El liderazgo ilustrado puede ser violento e iconoclasta. Goza más con las frases, con las leyendas y con los discursos que con las imágenes —sobre todo, las anteriores al concilio. Pero, en vez de contraponer una religiosidad a la otra, admite la convivencia virtuosa entre los distintos modos de expresar la fe. El catolicismo tradicional sirve de fundamento emocional y devocional al catolicismo liberacionista. Y este, a su vez, hace que aquel dé más de sí, puesto que la virtud liberadora del evangelio no está ausente. El cristianismo del pueblo y la religiosidad popular no son siempre y en todos los casos alienantes. Si bien

pueden serlo, cuando retardan la elaboración de los alcances sociales, políticos y culturales de la fe, merecen respeto y tiempo. La tentación más corriente es que las comunidades, por razones políticas o religiosas, se conviertan en sectas dominadas por ilustrados de izquierda.

En cualquier caso, la característica de las comunidades eclesiales de base, a propósito de la tarea de construir su unidad comunitaria, es la alegría de la conjugación pentecostal de las diferencias. “¿Cómo es que cada uno los oímos en nuestra lengua nativa?” (Hch 2,1-13).

2.5. El gobierno de las comunidades

Aparentemente, el problema más grave que aqueja a las comunidades eclesiales de base es el choque de las eclesiologías, el cual ha tenido lugar en el ámbito católico postconciliar. El Vaticano II no consiguió la recepción del cambio eclesiológico. Nunca debió imaginar que sería fácil romper con el predominio vertical de siglos de la jerarquía eclesiástica.

El papel de los sacerdotes en el gobierno de las comunidades cristianas, en general, en el postconcilio, sobre todo, como párrocos, es muy problemático. El decreto *Presbyterorum ordinis* asigna a los sacerdotes la misión prioritaria de anunciar la Palabra, mientras que coloca en segundo plano la función sacramental. Esto debió implicar que los presbiterios y los laicos se deben por igual a la evangelización. Sin embargo, ese mandato conciliar, en buena medida, no se ha cumplido. La insistencia en la perfección ontológica del sacerdote, evidenciada magníficamente en la consagración eucarística, ha reciclado las relaciones asimétricas entre los bautizados, una relación que el concilio intentó cancelar. La eucaristía misma, que pudo ser más la Cena del Señor, celebrada entre hermanos y hermanas, para leer juntos el evangelio, no ha dejado de ser el sacrificio de Cristo al Padre, realizado por los sacerdotes, que se parecen más a los ministros de los cultos místéricos, anteriores a Constantino. Así las cosas, la tercera función de la *tria munera*, la de la conducción de la comunidad, se ha ejercido de un modo clerical.

En la misma línea del *Presbyterorum ordinis*, el decreto *Optatam totius* estableció cambios en la formación del clero, los cuales, en la práctica, nunca se llevaron a cabo. Medellín quiso innovar, exigiendo que en la formación de los seminarios se capacitara a los seminaristas para discernir los signos de los tiempos y para anunciar el evangelio. Pero el documento del episcopado latinoamericano sobre esta materia no fue recibido en América Latina. Las normas para la formación del clero, elaboradas por las conferencias episcopales latinoamericanas, no acogieron esas exigencias. Al contrario, las llamadas *ratio* hicieron suya, de buena gana, la exhortación *Pastores dabo vobis*, de Juan Pablo

II, que volvió a centrar el sacerdocio en la dignidad de su ministerio y no en el servicio de la Iglesia a la evangelización. Esta involución —es ilustrativo recordarlo— explica la adulteración de Aparecida en lo referente a las comunidades eclesiales de base, por parte de los dicasterios romanos. Desde hace décadas, la Iglesia latinoamericana sufre por doquier a las nuevas generaciones de curas jóvenes. Dicho en términos generales, si el empeño fundamental de esta Iglesia ha sido procurar la liberación de los oprimidos, las comunidades han resistido a los sacerdotes que centran su actividad en la celebración de misas, el perdón de los pecados y la adoración del santísimo. Asimismo, han resistido a un clero connivente con los sectores católicos conservadores, que no han querido que las sociedades cambien sus modos injustos de organizar las relaciones sociales.

Y, por otra parte, los sacerdotes progresistas, muchos de ellos de izquierda, que favorecen la constitución de comunidades eclesiales de base, también han solidado ser un problema en dichas comunidades. Facilitan el compartir fraternal, orientan a la comunidad para hacer una opción por los pobres y la animan a defender su autonomía ante el párroco. Pero no han faltado quienes, en virtud de la ascendencia sacra de la ordenación sacerdotal, con o sin conciencia de ello, han forzado a las comunidades a asumir compromisos políticos personales. Por esa razón, el mismo pueblo de Dios ha establecido relaciones verticales con estos sacerdotes. Durante siglos, los cristianos han interiorizado la supuesta superioridad de los sacerdotes. Su aura divina hace que la gente acuda a ellos con excesiva reverencia y les entregue fácilmente las llaves del poder.

Las comunidades sin sacerdotes se han estructurado de otra manera. En estas comunidades —en Brasil, son el 70 por ciento—, las autoridades son elegidas democráticamente, su mandato dura un tiempo determinado y están sometidas al escrutinio del consejo de las mismas comunidades. Sin embargo, debe reconocerse que esta alternativa no está exenta de dificultades. Por de pronto, esas comunidades pueden celebrar muy esporádicamente la eucaristía. Por otra parte, si quieren conservar la autonomía, que les permite configurarse a su modo, suelen verse obligadas a relacionarse con los párrocos desde la desconfianza. De hecho, estos son los principales enemigos de muchas comunidades.

3. Corolario: el futuro de las comunidades eclesiales de base

Es *vox populi* en la Iglesia latinoamericana que las comunidades eclesiales de base están en crisis. Los estudios confirman esa impresión y proporcionan explicaciones. ¿Cuáles son las causas de este decaimiento?

Además de las dificultades ya mencionadas, sobre todo, el choque de ecle-siologías que tienden a excluirse mutuamente, debe reconocerse que el entorno cultural no favorece la conformación de instituciones, ni a ninguna clase de

asociación. La cultura secular predominante ofrece otras posibilidades de realización a las personas. El neoliberalismo, por su parte, ha aumentado el individualismo y la competencia. El consumismo aligera la existencia de la gente y resta interés a las mediaciones tradicionales de la identidad. En algunos países latinoamericanos, por otro lado, las comunidades católicas han perdido importancia en relación con las iglesias carismáticas y las evangélicas, así como ante las nuevas formas de religiosidad.

¿Qué será de las comunidades eclesiales de base en el futuro? Es necesario distinguir el futuro histórico del teológico. Desde la perspectiva histórica, la sobrevivencia de las comunidades eclesiales de base es insegura. La asimilación a las parroquias continuará y así se convertirán en meras “capillas”, donde la eucaristía se celebra regular o esporádicamente. Con el tiempo, se convertirán en clubes de ancianos. También podrían convertirse en una especie de sectas religiosas o en células de partidos políticos, lo cual es menos probable.

Desde una perspectiva teológica, el porvenir de las comunidades eclesiales de base es, en cambio, promisorio. Al haber representado la recepción más feliz del concilio Vaticano II en América Latina y el Caribe, siempre tendrán futuro. En todo caso, si del futuro se trata, será todavía necesario volver a los decretos *Presbyterorum ordinis* y *Optatam totius* y a la exhortación *Pastores dabo vobis*, la corrección de rumbo. Todo ello a la luz de las constituciones conciliares, en particular, de la *Lumen gentium*. Teológicamente hablando, el futuro de estas comunidades depende, en gran medida, del rol de la jerarquía en la iglesia, sobre todo, de los obispos y los sacerdotes.

Bibliografía

- Alonso, A., *Comunidades eclesiales de base: teología-sociología-pastoral* (Salamanca, 1970).
- Aquino Júnior, F., “50 anos de Medellín. 5 anos de Francisco: Perspectivas teológico-pastorais”, *Perspectiva Teológica* 50 (2018), 41-58.
- Aquino Júnior, F., “Comunidades Eclesiais de Base (CEBs): de Medellín-Puebla aos nossos dias”, *Cuestiones Teológicas* 107 (2020), 94-105.
- Azevedo, Marcello de C., *Comunidades eclesiales de base. Alcance y desafío de un modo nuevo de ser Iglesia* (Madrid, 1986).
- Barreiro, A., “As Comunidades Eclesiais de Base como modelo inspirador da nova evangelização”, *Perspectiva Teológica* 24 (1992), 331-356.
- Benedetti, L. R., “As CEBs, a política e a religião. O impasse entre o religioso e o político nas CEBs”, *Perspectiva Teológica* 22 (1990), 351-362.
- Boff, C. *et al.*, *As comunidades de Base em questão* (São Paulo, 1997).
- Boff, L., *Y la Iglesia se hizo pueblo. Ecclesiógenesis: la Iglesia que nace de la fe del pueblo* (Santander, 1984).
- Conferência Nacional do Bispos do Brasil, *Comunidade de comunidades: Uma nova paróquia. A conversão pastoral da paróquia* (São Paulo, 2014).
- Costadoat, J., “La imagen de Cristo de Edith Cabezas”, *Teología y Vida* 4 (2015), 407-429.
- Costadoat, J., “El cristianismo de Hilda Moreno. Un estudio de caso”, *Cuadernos de Teología* 1 (2017), 126-154.
- Costadoat, J., “La hermenéutica bíblica de la teología latinoamericana de la liberación”, *Revista Latinoamericana de Teología* 107 (2019), 120-138.
- Costadoat, J., “Teología de los signos de los tiempos. Un itinerario latinoamericano”, *Revista Latinoamericana de Teología* 110 (2020), 167-187.

- Libanio, J. B., "Comunidades eclesiais de base: em torno ao termo 'base'", *Perspectiva Teológica* 18 (1986), 63-76.
- Marins, J. y Trevisan, T. M., *Comunidades eclesiales de base: temas para su formación y desarrollo* (Bogotá, 1975).
- Marins, J., *Comunidad eclesial de base. Origen, contenido y perspectivas* (Bogotá, 1977).
- Marins, J., *Iglesia local: comunidad de base* (Buenos Aires, 1969).
- Muñoz, R., *A Igreja no povo: Para uma eclesiologia latino-americana* (Petrópolis, 1985).
- Quiroz Magaña, A., *Eclesiología en la teología de la liberación* (Salamanca, 1983).
- Rodríguez, I., "Relação entre as comunidades eclesiais de base e a hierarquia. Estudo do tema na Eclesiologia de Leonardo Boff", *Perspectiva Teológica* 21 (1989), 51-70.
- Teixeira, F., "Os intereclesiais das CEBs: identidade em construção", *Perspectiva Teológica* 29 (1997), 155-187.
- Trigo, P., "¿Qué son las comunidades eclesiales de base?", *Sic* 616 (1999), 278-281.
- Trigo, P., "Comunidades eclesiales de base", *Revista Latinoamericana de Teología* 47 (1999), 189-206.